

—Hasta la vista todos, amigos y parientes, dijo levantándose. Que Dios os conceda salud y felicidad. Espero que á mi vuelta, estaréis todos como ahora.

Todo el mundo la saludó cariñosa y efusivamente.

Pablo Averief, que siempre que veía á la princesa, sentía remordimientos, estuvo con ella cariñosísima y deferente.

Marta se dirigió á Miguel.

—Adiós! le dijo únicamente.

—¡Adiós! contestó éste, é inclinándose hacia la mano que la princesa le tendía, se la besó con profundo respeto.

Marta, con la vista baja se acercó á la señora Averief que la recibió en sus brazos.

—Ya no te veré más, Marta, le dijo la buena señora en voz muy queda. Soy muy vieja. Hubiera querido, antes de morir, ver dichosos á todos los que amo; pero no tendré esta alegría. Que Dios te proteja, hija mía, y que el cielo te dé la recompensa que mereces.

Y con su mano temblorosa bendijo á la princesa que salió pálida, pero digna y tranquila como siempre.

Su última mirada, á pesar suyo, fué para Miguel, y con ella se fueron todas las alegrías de su alma.

De Paulina no se despidió nadie.

XXVIII

El príncipe acompañó á su mujer. Este marido indiferente que vivía tan separado de Marta como

si habitaran en hemisferios opuestos, hubiera considerado indigno de ser un caballero á cualquiera que le hubiese propuesto dejarla viajar sola. Abandonó la vida bulliciosa de San Petersburgo, por carreteras desiertas y los deshielos peligrosos del mes de Marzo, y es que Oghérof era todo un gentleman que no se fiaba de sus criados para la conservación de la vida de su esposa la princesa.

El viaje fué largo y cansado. Obligados por las alternativas de lluvia y nieve á cambiar constantemente el trineo por el carruaje y el carruaje por el trineo, se detenían con mucha frecuencia perdiendo tiempo en estas operaciones. Cinco días después de haber salido de Moscou divisaron la silueta de su casa señorial dibujarse sobre la nieve de la planicie.

Un río bastante caudaloso los separaba.

Aquella mañana fué la más peligrosa del viaje. La capa del hielo que cubría la superficie del río era tan delgada que se veía el agua por debajo deslizarse en impetuosa corriente. ¿De qué modo había de pasar el carruaje sobre esta frágil superficie?

Los viajeros atravesaron el río á pie, en tanto que el barquero buscaba, con los criados, un sitio más sólido para el coche. Después de muchas tentaciones se encontró á una versta más abajo y al obscurecer entraba la princesa en aquella casa que debía resguardar su voluntario aislamiento. Un sol de lluvia inundaba con amarillos rayos la fachada de la mansión.

—El sol os saluda, señora y soberana, dijo galantemente el príncipe á su mujer, ofreciéndole el brazo para bajar del carruaje.

Marta recordó involuntariamente su viaje de novios.

—,Con tal de que él no se acuerde! dijo para sí.

Paulina, que esperaba de un momento á otro el desbordamiento de la cólera de Marta, empezó los preparativos para realizar su nefasta obra. Durante las veinticuatro horas que siguieron á su llegada no cesó de perseguir al príncipe con sus antiguos cumplimientos.

—No puede pedirse un marido más amable, le decía.

Un hombre que abandona la ciudad y sus placeres para venir aquí para enterrarse vivo con su mujer, es un ser extraordinario!

—¡Pero si no me entierro! contestaba el príncipe. ¡Dentro de quince días me voy otra vez!

—Vamos, un viaje de novios, como si dijéramos, añadía Paulina con marcada intención.

—En este caso estaría usted de sobra, respondió el príncipe... Lo cual no puede ser, añadió por maquinaal galantería.

Llegaron, sin embargo, á tal extremo las insinuaciones de Paulina, que un día el príncipe, molesto por tanta impertinencia, le dijo;

—¡ualquiera diría que este viaje os fastidia!

—Al contrario, príncipe, me divierto extraordinariamente, ó por lo menos tanto como la señora princesa!

—Lo dudo. Pero, vamos á ver, continuó diciendo Oghérof algo rudamente, si este viaje no es de placer será un viaje de utilidad. No teniendo usted con quién hablar, almacenará los tesoros de su ingenio para el invierno próximo. Eso hace la hormiga previsora, añadió volviéndole la espalda.

Paulina no le pudo contestar, pero una rabia inmensa invadió todo su ser. Jamás había pasado por su imaginación la idea de que pudiera odiar á Oghérof, tan amable, tan alegre y tan nulo! Pero he aquí que por una sola palabra había descendido en un momento á la categoría de aquellos que merecían su aborrecimiento. Miren uste-

des por dónde, se decía Paulina, puedo matar de un tiro dos pájaros.

Decidida la institutriz á jugar su última carta, arregló sus cosas y adquirió un trineo que dejó guardado en casa del aldeano que lo hubo vendido. Cuando fué á comprar azúcar al poblado vecino se enteró allí de que la diligencia de Moscú pasaba dos veces á la semana; cambió algún dinero en moneda pequeña y se cosió entre el forro de su vestido, los seis billetes de á mil rublos, regalo de Nastia, que le aseguraban la vida por algún tiempo. Tomadas todas estas precauciones, esperó á que llegara un día de diligencia.

Aquella mañana, precisamente, se encontraba el príncipe de mal humor. Las insinuaciones de Paulina habían producido efecto; se había fijado mucho en su mujer y la encontraba tan bonita ó más bonita que nunca. Sus amabilidades y sus pretensiones cerca de ella no daban otro resultado que un exceso de somnolencia á la princesa imposible de resistir.

El príncipe se decía que de-pués de todo, Marta era su mujer con la cual se había casado por cariño y que si entre ellos había pasado algo, no era una razón para que estuviesen dando eternamente al mundo el espectáculo de un matrimonio unido solamente por el lazo de las conveniencias. Estaba dispuesto á hacerle el sacrificio de quedarse indefinidamente en esta Tebaida, si el clima le probaba á Marta; pero por lo menos que pudiese ejercer libremente todos sus derechos de esposo.

Sumida estaba en estas reflexiones cuando entró Paulina para hacer el té.

—¿Ha pasado buena noche la princesa?—preguntó en tono meloso después de saludar al príncipe.

—No sé nada—respondió bruscamente.

—Pero sobreponiéndose, añadió:

—Así lo creo, aunque ayer se encontraba enferma. Y continuó paseando por el comedor.

Después de cinco minutos de mover y remover las tazas, ejercicio que tenía la propiedad especial de irritar los nervios del príncipe, puso Paulina la tetera sobre una fuente, y dijo con voz plañidera:

—¡Pobre princesa, qué triste está!

Oghérof se detuvo y miró á Paulina con un aire interrogador. Esta pareció no hacer caso.

—Príncipe, ¿ha leído usted el periódico de antes de ayer?—dijo Paulina al cabo de un rato.

—No, contestó Oghérof volviendo á su interrumpido paseo.

—¿Dónde estará? continuó diciendo Paulina, dirigiéndose á buscarlo. Trae noticias de algunos amigos de usted.

—¿Qué?—dijo el príncipe maquinalmente.

El teniente Graab asciende á capitán de caballería en reemplazo de don Miguel Averief que permuta, á su instancia, para el ejército del Cáucaso.

—¿Averief al Cáucaso?—repitió el príncipe.—Eso no es cierto. ¿Dónde lo dice?

Y cogió el periódico de manos de Paulina, leyendo él mismo en alta voz esta extraordinaria noticia.

—Pues Averief no me ha dicho nada de este proyecto!

—¡Oh, príncipe! no es á usted á quien tenía que decirselo—dijo Paulina arteramente.

—¿Por qué?

El príncipe, nervioso, hablaba en forma desusada. Paulina no respondió y empezó á hacer ruido con las cucharillas.

—¿Por qué? os he preguntado—repitió Oghérof dando un paso hacia delante.

Paulina se tocó la ropa para cerciorarse de

que llevaba su dinero encima, y mirando al príncipe con marcada expresión, le dijo:

—No lo sé, pero aunque lo supiera tampoco lo diría. Son asuntos que no me interesan.

Con los ojos bajos y con la tetera en la mano derecha y el colador en la izquierda se disponía á llenar las tazas, cuando el príncipe la cogió por una muñeca obligándola á dejar la tetera sobre la mesa.

—¡Hable usted!—le dijo con voz imperiosa.—Ha dicho usted ya demasiado para callarse. Por qué está triste mi mujer y porque Averief sale para el Cáucaso?

—¡Pero que tiene que ver una cosa con la otra!—dijo Paulina.

—¿Usted me toma por un imbécil—añadió el príncipe;—una cabeza desequilibrada, sí; un imbécil ¡no! Va usted á decirme inmediatamente lo que sepa, ó lo que haya usted inventado, sino... Hable usted, Paulina—añadió con calma aparente, y no me haga usted olvidar que soy un hombre, y usted una mujer.

—Usted lo ha querido, príncipe, el cielo es testigo...

—¿Concluirá usted de hablar?—gritó exasperado Oghérof dando un puñetazo sobre la mesa.

Con los ojos bajos, contó Paulina al príncipe cómo Miguel Averief había querido á Marta; cómo, el día de la salida de Averief para el Extranjero, había estado Marta llorando todo el día, primero en el jardín y luego en su habitación.

—¿Llorando?—interrumpió el príncipe que la escuchaba con calma impasible.—¿Por qué?

—Porque había circulado el rumor de que don Miguel tenía una hija...

—¡Oh, sí, lo sé! ¿Y qué?

—Pues que se habrá usted convencido de que la pobre princesa amaba al señor Averief.

—¿Ya?—rugió el príncipe. —Luego hay alguna cosa todavía. Pero soy loco, al escuchar estos chismes de criadas. Es usted una miserable, Paulina, contándome esas patrañas.

—Miserable si usted quiere—respondió Paulina dirigiéndole la envenenada mirada de sus ojos de víbora; pero eso es tan verdad como el hecho de que vuestra mujer y Miguel Averief han tenido algunas citas. Tengo las pruebas.

—¿Citas?—respondió el príncipe, palideciendo y dando un paso atrás.

—...itas en el Jardín Botánico.

—¡Estúpida!—gritó Oghérof—si allí se encontró con su hermana.

—¡Pero no inscribió su nombre en el registro!—replicó Paulina triunfante—lo que prueba que no estaba sola en la galería, allí en aquel balcón del primer piso donde no la veía nadie. ¿Si no tiene por que ocultarse, por qué no puso su nombre? Además, yo he visto como se daban las citas. Yo las he presenciado. Miguel Averief es el amante de vuestra mujer y la princesa está triste porque Miguel la abandona.

Oghérof dió un salto hacia Paulina, pero ésta corrió é interpuso la mesa entre los dos.

—Iba á llenarme de babas—dijo el príncipe conteniendo su indignación; y á olvidar que es usted una mujer. Señorita Hopfer, os echo de mi casa.

—Esto no cambiará los sucesos—replicó Paulina con risa satánica, cerrando la puerta tras de ella.

A duras penas pudo contener Oghérof su deseo de retorcerle el cuello. Se detuvo, sin embargo, y atravesando el comedor franqueó unas cuantas habitaciones al extremo de las cuales se encontraba la alcoba de Marta. La puerta estaba entreabierta; dudó un momento para entrar, pero

llamó con los nudillos y penetró en la habitación sin esperar respuesta.

La princesa se encontraba delante de un espejo; sus magníficos cabellos, trenzados, pero sin recoger, se extendían á lo argo del peñador. Al ruido producido por la puerta, volvió la cabeza y se quedó estupefacta, esperando una explicación. Con la mirada interrogaba al príncipe. Este respondió francamente:

—Acabo de echar á Paulina Hopfer.

Marta comprendió que llegaba la hora. Se puso una mano sobre el corazón para calmar su angustia y siguió mirando á su marido.

—Es una infame calumniadora. Se ha atrevido á decirme que has querido á Miguel Averief.

—Esa mujer es una infame, en efecto, y deshonra nuestra casa—respondió Marta;—pero te ha dicho la verdad: yo he querido á Miguel Averief.

—¿Y te atreves á decírmelo—dijo el príncipe pálido de coraje y con los dientes cerrados.

—No se lo he dicho á nadie más que á ti. Si me lo hubieras preguntado antes de casarnos, te hubiera dicho lo mismo que te digo hoy.

—¿Por qué no eres su mujer, entonces, en lugar de ser la mía?

—Porque Paulina le calumnió como me está calumniando á mí hoy, é hizo que le despreciara.

—Pero este desprecio no ha durado mucho tiempo, ¿verdad?—dijo el príncipe cuyos celos le ahogaban.

—Hasta que regresó Pablo Averief con la niña de que se acusaba á su hermano ser el padre.

—¿Y después?...

—Como es mi marido quien interroga—respondió Marta con dignidad—contestaré, porque está en su derecho. Después, comprendiendo que mi conducta había sido injusta, lastimando con

ello á un hombre digno de estima, le puse de manifiesto el sentimiento que me había causado el obrar tan á la ligera.

—¿Una cita, ¿verdad?

—Sí, príncipe; confieso mi falta. Yo no debía haber solicitado esta cita, puesto que yo fui quien la pedí.

—¿En dónde?

—En el Jardín Botánico.

—¿Y no maldeciste el obstáculo, el marido que os impedía ser felices? ¿No os jurasteis un amor eterno?

—No hemos maldecido á nadie; nos separamos para siempre, demasiado dignos para delinquir. Si yo le hubiera estrechado la mano, no hubiera intentado nunca más apretar la tuya.

Y diciendo esto, Marta extendió su mano derecha al marido con un gesto de dignidad tal, que la cólera de Oghérof cambió en seguida de objetivo.

—¿Sabes que Miguel se ha ido al Cáucaso?—le preguntó el príncipe después de haber dejado la mano de Marta.

—Y yo te he pedido que me traieras aquí—contestó la princesa por toda respuesta.

Oghérof, subyugado, dobló una rodilla ante su mujer.

—Te pido perdón por haber sospechado de ti; pero esa víbora de Paulina tiene un modo de decir las cosas que hace á uno salir de sus casillas.

—La conocía, respondió la princesa.

—Y ¿por qué la conservabas á tu lado?

—Porque quería evitar lo que ha ocurrido hoy. Si me hubieras preguntado, te hubiera respondido. Recuerdas los obstáculos que te puse antes de decidirme á darte mi consentimiento.

—Ya lo creo que me acuerdo ¡Ah! si yo hubiera sabido... Pero, querida Marta, no me detestas por eso ¿verdad?

—No, príncipe, respondió Marta; te estimo y te amo como un hombre honrado y excelente amigo.

—Pero, y á él ¿le amas todavía?

—Nos hemos separado para siempre; no debe existir más para mí.

El príncipe suspiró.

—Y ahora que recuerdo, dijo, ¡esa víbora se va! Es capaz de ir extendiendo por el mundo todas esas calumnias infames. A cualquier precio, por interés ó por terror, es necesario asegurar su silencio. ¡Con tal de que no se haya marchado todavía!

Y salió de prisa para reaparecer nuevamente.

—Marta, dijo, eres una mujer honrada.

Miguel Averief vale más que yo; es un hombre formal y yo no soy más que una cabeza ligera; pero puesto que la suerte te ha concedido al príncipe Oghérof, haré todo lo posible para merecer tu cariño.

Y haciendo un signo de despedida, salió nuevamente.

Marta se sintió abrumada. Una nueva cruz aparecía sobre sus hombros. ¿Tendría que verse obligada ahora á luchar con el amor de su marido?

Anonadada, se echó á rodar hasta el fondo de un abismo de desolación.

XXIX

Paulina no había perdido el tiempo. Realizados sus propósitos, lo conveniente era huir ante el

huracán que le amenazaba. Tomó posesión de su trineo, compró y pagó un caballo que el labriego le proporcionó á buen precio, se instaló en el vehículo con una maleta y tomando las riendas, se puso en camino.

¡Qué talento el suyo! En un momento y de un solo golpe había hecho desgraciado al príncipe, había deshonrado á la princesa y preparado la bala que un día ú otro tenía que matar á Averief de manos del marido ofendido.

Fustigaba al caballo con las riendas, pues en su precipitación se olvidó de comprar un látigo. Pronto quedó tras ella un buen trozo de carretera surcada de rastros oscuros. Era á fines de Marzo y el deshielo, desde hacia algunos días, proseguía su obra con actividad. El caballo, al trotar, levantaba grandes cantidades de lodo y nieve fundida que salpicaba el semblante de Paulina; pero ésta parecía no cuidarse mucho de ello.

En la nueva vida emprendida, tenía que sopor-tar tantas desazones!

—La última palabra ha sido la mía, se decía satisfecha. Y se hubiera frotado las manos si no hubiera tenido que guiar al caballo. Reemplazó, sin embargo, este signo de satisfacción por una fuerte sacudida á las riendas que quedaron marcadas en el lomo del pobre animal. Este se vengó echando una porción de lodo á la cara de su dueña.

—Espera, espera, le decía al caballo, no te castigaré, no, pero te venderé á mejor precio de lo que me has costado.

El río, oculto por un pequeño bosque de abetos, serpenteaba al pie de un escarpado talud. Paulina descendió tomando todo género de precauciones; pero al llegar abajo, levantó los ojos y se quedó estupefacta. La mitad de la superficie helada que cubría el río había desaparecido reem-

plazándola una corriente de agua limpia y cristalina; la otra mitad, protegida por la sombra del bosque, cubría el resto del río adherida á la orilla, formando una especie de puente hasta en medio del agua.

¿Cómo se había de hacer para pasar? En la orilla opuesta se veía una barca, pero el hielo le impedía abordar la orilla contraria. Por todos lados á donde Paulina dirigió la vista el problema quedaba sin resolver.

Paulina llamó al barquero, pero éste, que no tenía nada que hacer, se había ido á dormir sobre el heno cercano y no contestaba. La voz de Paulina era, sin embargo, tan penetrante, que hubiera despertado á un muerto. El barquero llegó estirándose y bostezando.

—¿Cómo se puede pasar? le preguntó Paulina sin preámbulos de ninguna clase.

—No se puede, respondió el barquero. Vuelva usted á su casa.

—No puedo, tengo mucha prisa. Es un asunto urgente. Te pagaré bien si me encuentras un medio para pasar.

Esta oferta concluyó de despertar al barquero.

—Hay un medio, dijo, aunque incómodo.

—¿Qué medio es ese?

—Pues acercar el trineo hasta el borde del hielo; yo aproximo la barca, se fustiga al caballo y ya está.

—Pero ¿puede ir el trineo en la barca?

—Sí.

—¿Y no se romperá el hielo?

—Algunas veces sucede, pero como tiene usted tanta prisa...

En lo alto de la carretera se sintió el galopar de un caballo, y Paulina tuvo miedo.

—Anda, desatraca, le dijo al barquero; vengo en seguida.

El barquero condujo lentamente la barca.

—La corriente es muy rápida, dijo, y hay mucha agua. Espérese un momento que voy á buscar los remos.

—Concluye de una vez... ¡te daré un rublo! gritó Paulina nerviosa.

El galope del caballo se sentía más próximo.

El barquero reapareció con los remos y se puso á remontar la corriente en dirección oblicua para llegar de este modo al sitio más favorable. En aquel momento el galopar del caballo dejó de oírse y Paulina, horrorizada, vió á Oghérof en el extremo del talud, á quince pies por encima de ella.

—Paulina, gritó el príncipe. Esperadme, tengo que hablaros.

—No, contestó ésta. Todo ha concluído.

—¡engo que haceros una proposición.

—¡Nada! respondió Paulina tomando las riendas.

El trineo avanzó sobre el hielo.

—¡Os daré mucho dinero! le decía el príncipe haciendo descender con mucha precaución á su caballo por la peligrosa pendiente del talud.

—Soy moderada en mis gustos, respondió Paulina. Ya tengo lo suficiente. Adiós.

Y su trineo había llegado á la mitad de la superficie helada que cubría una parte del río.

—¡No os iréis! gritó el príncipe encolerizado.

—Tengo las pruebas, dijo Paulina sin volver la cabeza.

—¡Son falsas!

—Ya lo veremos, dijo la alemana que estaba próxima á llegar á la barca.

—¡Pues viva ó muerta me las dará usted! gritó el príncipe en el colmo de su cólera, y lanzó su caballo sobre el hielo.

—¡Pasaremos juntos!

Un espantoso grito le respondió. Percibióse un ruido seco y el hielo cedió al peso de tan inesperada carga. Loca de terror, Paulina golpeó violentamente al caballo y éste dió un salto, pero no pudo llegar á la barca y desapareció en la corriente arrastrando consigo al trineo y á Paulina.

—Sálvela usted, príncipe, sálvela, gritaba el barquero; el río no es profundo.

Oghérof contemplaba el agua que seguía describiendo círculos concéntricos.

—Al fin y al cabo se trata de una mujer, se dijo el príncipe. Y mi vida vale tan poco! ¡Ni siquiera me llorará Marta! ¡A la bondad de Dios!

Espoleó al caballo para que saltara al agua; pero el animal tenía miedo y se encabritó; un segundo estremecimiento quebrantó el hielo hasta la orilla y Oghérof con su caballo desaparecieron por entre una enorme grieta.

Por dos veces caballo y caballero aparecieron en la superficie y por dos veces el barquero, horrorizado, tendió el remo. A la tercera vez, el caballo, rendido, pudo ganar la orilla... ¡solo!

Paulina dormía para siempre en el fondo del río... ¡Marta había quedado viuda!...

XXX

Al llegar á San Petersburgo la noticia, fué acogida con incredulidad. Nadie podía suponer que Alejandro Oghérof, el más bravo, el más diestro de los oficiales de la guardia, se hubiera ahogado atravesando un río como un vulgar bu-

honero. El señor Milaguine estaba de tal modo abatido que hubo de renunciarse á que dijera una palabra del suceso. Su pensamiento no estaba más que en Marta.

—¡Pobre princesa, pobre princesa, repetía; después de dos años de matrimonio! ¡Y tanto como se querían!

Inmediatamente se puso en camino, con Sergio y Nastia, para rendir el último tributo á su yerno y traer a su hija.

El cuerpo del príncipe había sido conducido á su casa y Marta lo estuvo contemplando mucho rato sin que una lágrima brotara de sus ojos dilatados por el pasmo. Aquel semblante que la muerte no deformó y en el cual las penalidades de la vida no habían tenido todavía tiempo de marcar sus señales, tenía para ella una especie de misteriosa atracción.

En vano se pretendió alejarla de la cámara mortuoria; se dejaba llevar como un autómatas, pero al cabo de un momento se la volvía á encontrar absorta en la contemplación del cadáver, sin lágrimas y sin palabra.

Una duda espantosa le torturaba el alma.

—¿Habrá muerto queriéndome vengar? ¿Se habrá suicidado porque yo no lo quería?

Por la noche, se levantaba sin hacer ruido y echándose un abrigo por encima de sus hombros, se dirigía á la cámara frigorífica en donde reposaba el príncipe hasta que se hicieran los funerales. Allí y mientras que un diácono medio dormido entonaba con monótona voz los versículos fúnebres á la luz vacilante de los cirios, ella estudiaba aquel semblante inmóvil cada uno de cuyos pliegues tenía para su espíritu atormentado, un nuevo y horrible significado. De rodillas, al pie del abierto ataúd, rozando su cuerpo con el paño dorado del catafalco, rezaba é interroga-

ba á Dios. Su conciencia le decía que había cometido una imprudencia, tal vez un crimen.

De este modo encontró á Marta su familia, á los cinco días del luctuoso suceso.

Los funerales se celebraron al día siguiente, asistiendo á ellos inmensa muchedumbre acudida de doscientas verstas á la redonda. Desde hacía mucho tiempo no se habían visto en el país, funerales tan suntuosos.

Los restos de Paulina, encontrados un día después del accidente, se enterraron sin pompa alguna en un rincón del cementerio. Su religión era distinta á la de la iglesia griega. Marta no quiso verla.

Después de los funerales y cuando los invitados abandonaron la casa mortuoria, la familia se reunió en un salón. Había de tomarse una determinación.

El señor Milaguine no quería oír nada que se refiriese á que se quedara su hija en el campo; á sus súplicas, contestaba invariablemente la princesa. «Yo no puedo abandonar los restos de mi marido» En vano su hermana y su cuñado le rogaban que se fuera con ellos; siempre contestaba con el mismo razonamiento; como si aquella frase fuera una obsesión.

Así estaban, cuando una criada anunció á la princesa que el barquero se encontraba en la casa y pedía permiso para verla.

—¿El barquero? ¿Y quién es ese individuo? preguntó la princesa.

—El barquero que estaba en el río, el día...

—¿Había un barquero? gritó Marta levantándose. ¿Y ese hombre ha visto...?

—Sí, Alteza, lo ha visto todo y viene á entregarnos un objeto que ha encontrado.

—Yo creía que no había allí nadie, dijo Marta después de un momento de silencio. ¿Cómo es que no he sabido nada?

—Se le dijo á usted el mismo día, Alteza; lo que es que no estaba su Alteza para nada.

—Está bien, dijo la princesa, ahora voy.

Y se dirigió hacia la puerta; pero á medio camino flaqueó y extendió los brazos en el vacío para apoyarse. No podía andar. Se la sentó en una butaca y el señor Milaguine ordenó que entrara el barquero.

—No, no, dijo Marta probando á levantarse. Quiero verlo yo sola.

—Para eso, no, gritó el señor Milaguine colérico; no faltaría más sino que después de haber perdido á mi yerno, perdiera á mi hija! Decid á ese hombre que entre, y de prisa, dijo al criado con un tono de autoridad absoluta.

Marta, impotente, bajó la cabeza. Después de todo ¿qué le importaba que este hombre pudiera acusarla ante su familia, no sabiendo nada y contando lo que había visto?

El barquero entró, deteniéndose á pocos pasos de la puerta.

—¿Estabas allí, cuando ocurrió la desgracia? empezó á preguntarle el señor Milaguine.

—Sí, Excelencia.

—¿Estabas solo?

—Solo, Excelencia; cuando la señorita llegó estaba durmiendo.

—¿Y qué fué lo que te dijo?

—Me preguntó por dónde se podía pasar y yo le dije que por ninguna parte, y que por lo tanto tenía necesidad de regresar. Ella respondió que quería pasar á la fuerza.

—¡Pero usted no debió haberlo permitido! dijo el señor Milaguine en tono de reproche.

—Verá usted, Excelencia, nosotros pasamos muy bien y no nos ocurre nunca ninguna desgracia.

Si caemos al agua, salimos en seguida y he ahí

todo; pero la señorita no sabía lo que se hacía y quería atravesar el río cuanto más pronto mejor.

—¿Y por qué quería atravesar con tantas prisas? interrumpió Sergio que escuchaba con atención.

Desde su llegada, y por explicaciones de los criados había deducido las causas probables del suceso; pero en todo ello había un misterio que importaba mucho aclarar.

—Pues porque su Alteza el príncipe difunto quería impedirle lo pasara.

—¿Y no sabe usted por qué?

—No sé nada, dijo el barquero rascándose la oreja. Son cosas que no me interesan...

—Di, di, y nada temas, interrumpió el señor Milaguine para animarle.

—Pues bien, siguió diciendo el barquero, cuando el príncipe llegó á lo alto, gritó á la señorita: Deseo hablaros, espéremel y ella respondió que no. Entonces se aproximó un poco más y le dijo: ¡Te daré mucho dinero! y la señorita volvió á decir que no.

En vista de esto, yo no sé lo que le dijo nuevamente su Alteza, pero el caso es que ella se puso á reír. El príncipe se encolerizó y quiso sujetarla y entonces fué cuando la señorita fustigó á su caballo y se rompió el hielo.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe estaba á caballo.

—¿Y no se arrojó tras ella?

—No, dijo el barquero reflexionando un poco. Se conoce que su Alteza no tenía la intención de tirarse al agua. Yo grité: ¡Sálvela usted! ¡sálvela usted... En estos momentos ya saben ustedes que uno no tiene la cabeza muy segura... si yo hubiera sabido... bien seguro que nada hubiera dicho...

—Bueno, bien, y saltó...

—Sí, señor, se santiguó y saltó...

Marta levantó la cabeza y miró al barquero.

—Su caballo se conoce que aborrecía el agua, continuó diciendo el barquero, puesto que se resistía como un diablo. Por dos veces aparecieron en la superficie; la primera vez, extendí un remo y creí que el príncipe iba á cogerlo—no le faltó una pulgada;—la segunda vez, ya estaba lejos, pues la corriente se lo había llevado. Puede decirse que su caballo lo ha matado, tan verdad como soy cristiano!

Marta no apartaba la vista del barquero.

—¿Puedes jurar ante Dios de que dices la verdad? le preguntó ésta con un acento de voz tan extraño que toda la familia miró sorprendida.

—Ante Dios juro, por la salvación de mi alma, de que he dicho la verdad, dijo el buen hombre.

—¿El príncipe no tenía intención de saltar?

—Yo hice mal, señora, sí, hice mal; ¿pero qué es lo que me puede ocurrir? dijo el barquero asustado. Yo le dije que saltara, es verdad, pero yo mismo lo hubiera hecho si no hubiera sido porque tenía que sujetar la barca contra la corriente. No es culpa mía, el que haya querido Dios que ocurriera una desgracia!

—¿No tenía intención de saltar? ¿Estáis seguro? repitió Marta con insistencia.

—Seguro. ¿Quién es la persona que desea echarse al agua en el mes de Abril?

El buen hombre comenzaba á arrepentirse de haber ido. Marta no contestó, pero sus labios movidos se agitaron convulsivamente y tenía tan apretados los dedos, que quedaron señalados en la palma de sus manos.

—Y he aquí lo que he encontrado, rastreando por el fondo del río, dijo el barquero poniendo sobre una mesa un pedazo de cadena en el extremo de la cual pendía un medallón con el retrato de la princesa.

—Gracias, le dijo el señor Milaguine, recompensando su servicio con un puñado de monedas, eres un buen hombre. ¿Se puede marchar? le preguntó á su hija.

—Espera un momento, respondió Marta. ¿Has dicho que el príncipe luchaba con el agua y que intentó coger el remo?

—Sí, señora.

—¿Luego crees que eso ha sido un incidente?

—¡Seguro! ¡Un señor tan joven y que tanto podía disfrutar de la vida!...

—¿De modo que se tiró al agua para salvar á la señorita? ¿Estás seguro?

—Sí, señora, segurísimo.

Marta se levantó, agitó los brazos y cayó desvanecida.

Aquella misma noche, mientras que Marta por primera vez, desde su viudez, dormía profundamente, Nastia se llevó á Sergio á un rincón.

—¿Sabes, dijo ella, que estoy segura de que Marta ha creído que el príncipe se había suicidado?

Sergio no contestó.

—¿Y tú, qué piensas?

—¿De qué?

—¿Crear que Marta ha supuesto lo que te he dicho?

—Ciertamente, contestó Sergio con alguna repugnancia.

—¿Y tú, lo crees?

—Yo no, dijo después de un momento de silencio. ¿Para qué había de matarse? Tenía todo lo que hace falta para ser feliz.

En el país, Oghérof no pasó nunca por ser un santo y todo el mundo creyó que se había ahogado persiguiendo á su querida que le abandonaba.

Después de algunos días de tranquilidad, consiguió la familia que Marta se fuera con ella á

San Petersburgo y toda la comitiva entró en la ciudad, en la época en que la gente pudiente la abandona.

La señora Averief, después de enterarse minuciosamente de todos los detalles, instaló á Marta en su casa y ella misma la atendía con maternal solicitud, puesto que la joven viuda estaba muy débil y guardaba cama con mucha frecuencia. La conversación de esta señora, fundida en el crisol de tantas desgracias soportadas dignamente, era para Marta un lenitivo á sus angustias.

Un día decidióse á hablar con la señora Averief.

—Es posible que mi marido no se haya suicidado, pero lo que es cierto es que en aquel momento no hacía mucho caso de la vida. ¿Qué podía esperar de una existencia que yo no podía hacerle agradable? Si, como era de temer, había vuelto á enamorarse de mí, hubiéramos sido muy desgraciados!

—Hija mía, lo que Dios hace bien hecho está, contestó la señora Averief. Eres todavía muy joven y la vida es larga. Tienes el derecho de ser feliz, puesto que no has faltado nunca á ninguno de tus deberes.

A fuerza de insistir, concluyó por convencer á Marta, que poco á poco fué recobrando la salud.

XXXI

La guerra del Cáucaso podía darse por virtualmente terminada desde que Schamyl dejó de es-

tar á la cabeza de la resistencia insurgente. Alguna que otra partida suelta combatía con la tenacidad de la desesperación, y la lucha, circunscrita á un pequeño territorio, tendría forzosamente que acabar pronto. Miguel no encontró grandes facultades para permutar y á mediados de Marzo ya estaba en camino.

Dejó San Petersburgo en un estado de espíritu excelente; y había escogido el Cáucaso porque aquel teatro de luchas y de gloria era el único en donde podía prestar servicios á su país. Sin embargo, su inclinación no nació del entusiasmo de las armas; sabía que aquella era una guerra peligrosa de sorpresas y emboscadas y estaba muy lejos de su ánimo hacerse matar premeditadamente. Viviendo resignado podía dar pruebas de valor y ser útil á su patria, pero ¡morir cuando tal vez llegara un día en que Marta tuviera necesidad de él! Eso no.

En ese estado de ánimo, fué á despedirse de su tía la señora Averief.

—En el Cáucaso murió mi hijo y en Turquía mi marido, le dijo. Tu volverás, más feliz y más tranquilo. Pero tanto allí como aquí, haz honor al nombre de Averief.

Como una matrona romana, se revistió de valor y bendijo á Miguel. En el fondo de su alma, se decía que los martirios más cortos son los mejores y que Miguel esperaba tan pocas alegrías en esta vida, que no tendría gran sentimiento si la perdía.

La noticia de la muerte del príncipe Oghérof desconcertó á toda la familia y especialmente á la señora Averief. El sacrificio de su sobrino Miguel era inútil. Su primer impulso fué el escribirle para que regresara, pero pensó que no es tan fácil conseguirlo sin haber sentido el olor de la pólvora. Se contuvo á duras penas para no